

Yo nací con tres siglos de retraso:  
Amo el justillo y el jubón de raso,  
el chambergo de plumas y la espada.

Y es el mayor pesar de mi agonía  
vivir en este siglo sin poesía,  
ciego de fe... más sin creer en nada.

Melancolías de otoño

*A Santiago Rusiñol*

I

Otoño melancólico nos cita  
á escuchar de la fuente el ritornelo.  
Un rosal sobre un banco se marchita  
y una nube deshójasè en el cielo.

Crujen bajo los pies las secas hojas,  
y los árboles son oro que arde,  
entre las llamas trémulas y rojas  
de la remota hoguera de la tarde.

Mi corazón presiente la amargura  
de una pena recóndita y futura,  
al escuchar los tristes ritornelos

de la fuente que tiembla entre neblinas,  
mientras tus sueños huyen por los cielos  
en una dispersión de golondrinas.

II

Las nubes al pasar, lentas arrojan  
sombras sobre el verdor de las umbrías...  
A las húmedas brisas se deshojan  
los rosales de tus melancolías.

Entre el vapor de lágrimas del lago  
agoniza la luz, como un suspiro,  
y diluyen los cielos en un vago  
verdor sus transparencias de zafiro.

Anhela el corazón algún reposo,  
y nuestra boca, amarga de tristeza,  
besar los labios de un recuerdo quiere...

¡Sentarnos en un banco muy musgoso,  
é inclinar en las manos la cabeza,  
para llorar por algo que se muere!

III

Mientras muere la tarde se oye al viento  
entre las ramas lúgubres quejarse,  
como el adiós desesperado y lento  
de dos que no quisieran separarse.

La brisa en un suspiro se dilata...  
La vida entera es un inmenso lloro...  
Llora la tarde lágrimas de plata  
y vierte el bosque lágrimas de oro.

Un húmedo dolor el parque llena...  
Nos habla de la muerte una campana;  
y á tus plantas marchítase un retoño,

mientras, ceñida al cuello de mi pena,  
oigo gemir á tu tristeza, hermana  
de este vago crepúsculo de otoño.

IV

Rasgando el gris difuso de la lluvia,  
su plegaria de azul al cielo eleva  
tu despeinada cabecita rubia...  
Llueve en tus ojos y en tu alma nieva.

Tu silueta beatífica destaca  
su inmaterialidad fuera del mundo,  
y hay en tu acento esa dulzura opaca  
que idealiza la voz del moribundo.

Cuando triste sonrías en tu encierro,  
de luto nuestro espíritu se viste  
como para asistir á algún entierro,

y anhelos de rezar el labio siente,  
pues tienes ese encanto dulce y triste  
de lo que muere prematuramente.

V

Tu larga cabellera luminosa  
que el sol espolvorea de reflejos  
tiene la aristocracia prestigiosa  
de los tisús y los damascos viejos.

Y tus manos que juntas palidecen  
bajo la luna, ostentan el encanto  
de esos lirios de nieve que florecen  
entre el pulgar y el índice de un santo.

Tienes la altiva aristocracia de esas  
orgullosas y pálidas princesas  
que digno de su amor no encuentran nada,

y antes de profanar su casamiento  
deshojan su belleza inmaculada  
en las oscuras celdas de un convento.

VI

Pasó por tus pupilas como un vuelo  
de aves que emigran, y sentiste sola  
bajo el fastidio fúlgido del cielo  
la atracción fascinante de la ola.

El mar ante tus plantas parecía  
llamarte con sus trémulos suspiros,  
y á tu eterna tristeza le ofrecía  
su lecho de corales y zafiros.

Cerraste al porvenir los ojos bellos,  
y te lanzaste sobre la onda fría  
que alzó en tu honor un cántico sonoro.

Y al flotar distendidos tus cabellos  
semejaron un sol que se ponía  
llenando el mar de círculos de oro.

VII

Tu perfil se destaca sobre el fondo  
de todas las tristezas de la vida  
con la altivez huraña y dolorida  
de los que piensan alto y sienten hondo.

Ya ni llorar tu corazón espera.  
De tu llanto secáronse las fuentes,  
y estás, mi amor, tan muerta que no sientes  
caer sobre tus párpados la cera.



Tienen tus rubios rizados ese incierto  
oro apagado del cabello muerto,  
y tus pupilas la angustiosa calma

de una ventana gótica y vacía,  
¡y es tu alma tan triste que podría  
ser la hermana gemela de mi alma!

**El poema de la juventud**

*A. F. E. Marinetti*